

## Tercer Sínodo Arquidiocesano de Paraná

### El Sínodo sobre la Parroquia

1. La parroquia en la Iglesia
2. La parroquia-misterio y Pueblo de Dios
3. Todos misioneros: profetas, sacerdotes y reyes
4. Ministerio jerárquico, laicos y consagrados
5. Vocación de santidad y eternidad
6. María Madre de la Iglesia
7. Hoy

#### El tercer Sínodo Arquidiocesano de Paraná

Esta es la tercera oportunidad en que esta Iglesia particular convoca a un Sínodo. Es un hecho extraordinario que manifiesta la verdad del misterio de la Iglesia, que reclama una respuesta condigna de todos los fieles, no sólo de los sinodales.

El Sínodo arquidiocesano, según el Código de Derecho Canónico de 1983 (c. 460) “es una asamblea de sacerdotes y de otros fieles escogidos de una Iglesia particular, que presta su ayuda al obispo de la diócesis para bien de toda la comunidad”.

El objeto de sus deliberaciones será la parroquia, que es la expresión más inmediata y visible de la comunión eclesial, la última localización de la Iglesia, en cierto sentido “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”, según la hermosa expresión de San Juan Pablo II (Christifideles laici 26).

Tanto el acontecimiento que es el Sínodo, cuanto el objeto de sus deliberaciones, la parroquia, que pertenece al misterio de la Iglesia, son realidades sobrenaturales, que sólo se pueden conocer en su verdad propia a la luz de la fe. Por lo tanto es necesario que el desarrollo del Sínodo sea desde la revelación divina y la acogida de la fe, sin excluir las luces de la razón natural y de las ciencias desarrolladas a partir de ella (sociología, psicología, historia, pedagogía, etc.)

La vida de la fe, que debe ser intensa en el Sínodo, no es puro saber, sino también querer. Su plenitud está en la caridad. El Sínodo es encuentro de verdad y caridad, que entraña el compromiso con el designio de Dios. Por eso el principio de crecimiento para más y mejor es Dios mismo, el amor de Dios hacia nosotros, y el de nosotros a Dios, la iniciativa de Dios comunicándose a nosotros y la iniciativa de nosotros, respondiendo con nuestra entrega, y siempre con la humildad y serenidad de la esperanza.

Dios nos llama al cambio no sólo desde nuestro interior con sus inspiraciones, sino también desde las circunstancias exteriores, por las modificaciones físicas que acontecen en la tierra y por los cambios culturales y sociales.

El Sínodo, con la sabiduría, la santidad y la prudencia de sus miembros, deberá aconsejar al Arzobispo, para que él acabe con sus disposiciones, el proceso de encaminar a la comunidad según la voluntad de Dios.

## **1. La parroquia en la Iglesia**

La Iglesia nos ha convocado a renovarnos por el Concilio Vaticano II, cuyo magisterio se sintetizó en una doctrina espléndida sobre su misterio.

Es necesario, pues, volcar las luces del Concilio sobre el Sínodo, porque la parroquia, que es el tema señalado, puede simplemente llamarse “la Iglesia de Dios” (*Lumen Gentium* 26).

Nos parece útil, pues, inspirar nuestra exposición en algunos puntos del Vaticano II, especialmente de *Lumen Gentium* y sugerir su aplicación al misterio de la parroquia.

## **2. La parroquia, misterio y Pueblo de Dios**

La Constitución *Lumen Gentium*, en sus primeras palabras proclama la gloria de Dios en Cristo: “Cristo es la luz de las naciones”. Es lo que esperaban miembros del Concilio que ya veían lo que algún teólogo dijo después, que la crisis del mundo no era sólo antropológica, sino teológica: el secularismo.

Ya en su primer capítulo, el mismo documento llama a la Iglesia “misterio” y se explica diciendo que es “en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (n. 1), continuando su explicación poco más adelante, llamándola con palabras de San Cipriano “un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (n. 4).

La Iglesia, pues, es misterio, es sacramento, y tiene como fundamento de su unidad, la unidad de la Santísima Trinidad. Esta verdad, la más alta de la fe cristiana sobre la Iglesia, es la que funda la parroquia, que es también Iglesia.

Los parroquianos tienen que vivir consciente y libremente esta realidad. Son parroquia en la medida en que viven esta participación trinitaria. Sólo en el misterio trinitario se funda el misterio de la comunión eclesial parroquial. Esta comunión por Cristo, con El y en El, hace a la parroquia participante del sacramento universal de salvación que es la Iglesia. En la parroquia se debe vivir este misterio con inmenso agradecimiento. Es vivir la verdad de ser hijos del Padre en Cristo, y en El, ser hermanos de todos los hombres, unidos en el amor que infunde el Espíritu Santo, para ir completando el

misterio pascual en nuestra carne. Así de profunda es la presencia de la Trinidad en la vida parroquial.

### **3. Todos misioneros: profetas, sacerdotes y reyes**

Todos los cristianos recibimos nuestra identidad en Cristo y su pascua, cuando celebramos la iniciación cristiana, y la culminamos cuando compartimos la pascua de Cristo en la eucaristía. Ahí acabamos nuestro ascenso en la historia antes de la muerte. Con ese amor de Cristo en nosotros y de nosotros en El y en toda la Iglesia, nos reunimos y nos igualamos como misioneros. La unidad en Cristo pascual, es siempre unidad en la Trinidad, que tiene el dinamismo misionero del amor, participado de Cristo con el triple oficio de profeta, sacerdote y rey. Todos los cristianos somos profetas capaces de anunciar el Evangelio y tenemos el deber de hacerlo, porque recibimos el don de la fe. Todos somos sacerdotes, y tenemos la capacidad y el deber de ofrecer el sacrificio de Cristo y con El ofrecer toda nuestra vida de libertad. Y somos reyes y servidores, que tenemos también la capacidad de regir o pastorear, si no con la potestad de jurisdicción, al menos, con los consejos, exhortaciones y ejemplos, que ya son una participación del señorío de Cristo Rey.

Esta es la identidad del hombre nuevo, la de ser otro Cristo, Cristo mismo, según lo dice San Pablo a los cristianos de Galacia: “Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,20).

En la imitación de Cristo, profeta, sacerdote y rey, hemos de superar muchas luchas espirituales, pero, si somos fieles al Señor “en todo obtenemos una amplia victoria, gracias a Aquel que nos amó”, nos dice San Pablo (Rom 8, 37). Con la ayuda del Señor, todos los cristianos tenemos la gracia y el deber de crear las nuevas formas espléndidas de la misión profética, sacerdotal y real “gracias a Aquel que nos amó” para que la parroquia sea siempre más y mejor sacramento de salvación.

### **4. Ministerio jerárquico, laicos y consagrados**

Ministerio jerárquico: El Concilio renovó y enriqueció la doctrina del ministerio jerárquico, recordando el don de los apóstoles, elegidos por Jesús para servir a la Iglesia en su oficio de enseñar, santificar y regir. En un colegio, cuya cabeza fue Pedro, los sucesores de los Apóstoles, los Obispos, continúan gozando de este don de Jesús. Ayudados por los presbíteros, participantes de estos dones pero en un segundo grado, junto también a los diáconos, participantes del sacramento pero “en orden al ministerio y no al sacerdocio”.

Así este servicio hace presente el amor de Cristo Cabeza para la unidad de la Iglesia en la santidad de su vida, y en la generosidad de su misión.

La parroquia debe ser un lugar en que el servicio jerárquico es acogido con conciencia de su valor. Es una presencia del mismo Cristo que no vino a ser servido sino a servir, como lo han hecho tantos pastores mártires.

La eucaristía es la fuente y la cima de toda la vida de la Iglesia, que sólo puede presidir el Obispo y el presbítero en el momento en que se reúne toda la comunidad y más se expresa y enriquece.

La parroquia debe cuidar, con la mayor delicadeza su celebración que es de todos los miembros de la Iglesia y siempre para todos y para salvación del mundo. En la eucaristía la comunidad se hace concorpórea, consanguínea y contemporánea de Cristo, según una expresión excelente de San Juan Pablo II.

*Laicado*: el laicado, que tiene su característica en la dimensión secular, para que toda la creación sea santificada, hasta los valores seculares, debe saberse responsable de esta dimensión, en la familia, en la educación, en el deporte, en la política.

La parroquia es el lugar en que se recibe la vida de los hijos, se los alimenta, se los educa. El lugar en que la vocación se descubre y se cultiva.

Ahí debe descubrirse el misterio de Cristo y de la Iglesia, que en la libertad de todos deben ser actos de caridad fraternal de los hijos de Dios Padre y hermanos de Cristo.

La parroquia que acoge la vida familiar con tanta intimidad, tiene una responsabilidad enorme para que la consagración del mundo tenga en la familia no sólo un destino de su obra evangelizadora, sino también un protagonista intenso de su acción misionera.

*Consagrados*: Son un signo sobresaliente de la profundidad de la vida cristiana. Por los votos, u otros vínculos sagrados con los cuales se obliga libremente el fiel cristiano a la práctica más intensa de los consejos evangélicos (pobreza, castidad y obediencia) “... se entrega totalmente al servicio de Dios sumamente amado” (Lumen Gentium 44). Esta condición, elegida por quienes son miembros del ministerio jerárquico o laicos, es signo de una nobleza cristiana que se derrama sobre toda la comunidad cuando se vive con fidelidad.

La parroquia debe saber recibir los beneficios de su presencia y sus servicios, y debe cumplir con el deber de su delicada custodia.

En esta trilogía se comprende que ministros jerárquicos, laicos y consagrados son distintos para enriquecer la unidad de la comunidad: ellos son lo que son para que todos sean más ricos en su identidad y por ello sea más intensa la unidad. La unidad es unidad de comunión en la caridad.

## **5. Vocación de santidad y de eternidad**

La Iglesia es el misterio de comunión trinitaria de todos los que creen, esperan y aman. Todos viven de Dios porque se ha dado a ellos y vive en ellos. La vocación de la Iglesia es la santidad, santidad que es esta comunión.

El misterio de la vocación de la Iglesia es misterio de la parroquia. Toda ella se ordena a la santidad, porque es heredera de Jesús.

Esta verdad de la parroquia debe ser muy viva y operativa en las sesiones sinodales. El Sínodo es para la santidad de todos los fieles. La Eucaristía es la fuente y la cima de ella porque es el sacramento de la pascua de Cristo, como hemos repetido. La misa parroquial de los domingos y fiestas de guardar es la gran fiesta de la santificación de todos por la presencia real de Dios Trino comunicando por Cristo su vida.

## **6. La Virgen María, Madre de la Iglesia**

Una de las perlas de *Lumen Gentium* es desarrollar la doctrina de María como parte del misterio de la Iglesia. Ella es Madre de la Iglesia porque es Madre de Jesús. Y esta misma verdad: es Madre de la parroquia. El Sínodo no puede ser cristiano sino sirviendo a María. La parroquia es hija de María como lo es la Iglesia y lo es Cristo. María es la primera Iglesia.

La vida mariana de la parroquia hará vivir a pleno el misterio de la encarnación como asunción de la historia concreta de la humanidad entera en la historia de la carne de María.

## **7. Hoy**

La doctrina del Vaticano II en la totalidad de su unidad y en la sinfonía de sus partes debe ser propuesta diáfana en el Sínodo, para que el misterio de la parroquia se manifieste y se asimile en el esplendor de su verdad. Con menos, la parroquia no vivirá la plenitud de la ley de la caridad que es su única ley. El sacramento culminante de esta ley es la Eucaristía, que siempre es la misma, la misma pascua de Jesús sacramentada, en todas las parroquias.

El tiempo del Sínodo es un “hoy” que se prolonga hasta su finalización y que, al llenarse de la riqueza de sus deliberaciones, se constituye en un verdadero *kairos*. Para que sea más valioso aún, será muy conveniente que se provechen los magisterios de los Pontífices del Vaticano II, Juan XXIII y Pablo VI, y los posteriores Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco.

Al llenarse de méritos, el Sínodo en su clausura habrá preparado a las parroquias y a la diócesis que podrán entender mejor que el esplendor de la pascua martirial pertenece a las entrañas del misterio cristiano.